

MATERNIDAD: *Cristina Palomar*

HISTORIA Y CULTURA *Verea*

La maternidad no es un “hecho natural”, sino una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia. Se trata de un fenómeno compuesto por discursos y prácticas sociales que conforman un imaginario complejo y poderoso que es, a la vez, fuente y efecto del género. Este imaginario tiene actualmente, como piezas centrales, dos elementos que lo sostienen y a los que parecen atribuirsele, generalmente, un valor de esencia: el instinto materno y el amor maternal (Badinter, 1980 y Knibiehler, 2001). A partir de la consideración de que la “naturaleza femenina” radica en una biología que asegura ambos elementos, la maternidad es entendida como algo

¹ Muy emparentado con esto es la cuestión del “eterno femenino”, que es justamente “eterno” porque se supone que ha estado investido del mismo sentido por siglos y siglos, aunque el sentido cambie.

que está separado del contexto histórico y cultural, y cuyo significado es único y siempre el mismo.¹ Más aún: cualquier fenómeno que parezca contradecir la existencia de los elementos mencionados, es silenciado o calificado como “anormal”, “desviado” o “enfermo”. Por eso los esfuerzos de algunas historiadoras y antropólogas por mostrar que también la maternidad es un fenómeno marcado por la historia y por el género —la cultura—, es indispensable para indagar en las complejidades que conforman su imaginario y el sentido de las prácticas que componen este fenómeno.

La maternidad: Práctica histórica y cultural

Una de las aportaciones más significativas de la teoría feminista que comenzó a formularse en la década de los sesenta en los Estados Unidos, fue el cuestionamiento a la idea del sujeto universal del conocimiento, aparejada de la crítica a la supuesta neutralidad de la ciencia. Se partía del argumento de que la men-

cionada idea de un sujeto universal conllevaba implícitamente ciertas características y rasgos, tales como la separación emoción-razón, o su existencia independiente de los factores socioeconómicos, políticos o temporales, así como su *no corporeidad*; es decir, se trataba de un sujeto racional y sexualmente indiferente, una entidad que se situaba por encima del espacio, el tiempo o los vínculos con otros (Gross, 1995). Esta idea de sujeto era muy coherente con el segundo elemento cuestionado por la crítica feminista: la neutralidad de la ciencia, idea que florecía a la sombra de la hipervalorización de la objetividad y de la noción de “verdad”, que sustentaban la exigencia de una auténtica separación sujeto/objeto en la investigación científica y la necesidad de afirmar la independencia del observador respecto a su contexto, como elementos necesarios para asegurar la “validez” de los resultados de dicha investigación. La teoría feminista mostró por esta vía que “la supuesta neutralidad y universalidad de muchos discursos patriarcales en las ciencias sociales... es ciega al sexo, es decir, incapaz de reconocer las diferentes posiciones sociales de hombres y mujeres al suponer que hay un sujeto neutral, intercambiable” (Gross, 1995: 96).

Fueron las historiadoras y las antropólogas feministas quienes iniciaron, de una manera decidida y radical, la puesta en práctica de estos cuestionamientos en su quehacer académico. No solamente transformaron la manera de pensar y escribir la historia y la antropología, sino que mostraron, en la nueva perspectiva que fueron abriendo trabajosamente, que las críticas teóricas señaladas más arriba eran totalmente pertinentes. La historia y la antropología son aquellos campos que permiten mirar a la acción social en todo el esplendor de su relatividad: su estudio serio muestra

claramente que las transformaciones que el paso del tiempo imprime en el quehacer humano, implica la necesidad de conocer el contexto de su aparición para poder comprender el sentido que encierra. Es por esto que estos campos fueron el territorio en el cual se pudo dar, de una manera más “natural”, la puesta en operación de una estrategia teórica sumamente eficaz y congruente con los cuestionamientos al sujeto y a la neutralidad en la ciencia, que se compone de dos procedimientos conceptuales: la *historización* y la *generización* del sujeto. Estos procedimientos rompen con la postura esencialista y transhistórica de las nociones tradicionales de la ciencia, y llevan directamente al estallido de la idea del sujeto universal, ya que la *historización* es la operación por la cual se establecen las coordenadas del contexto temporal y cultural en el que un fenómeno se presenta para comprender su significado, mostrando así que tanto la expresión como el sentido de un fenómeno va transformándose en relación con los cambios de su contexto; por otra parte, la *generización* consiste en marcar el género del sujeto del que se está hablando cuando se construye el conocimiento, lo cual conduce a la visibilización de sujetos antes omitidos por las ciencias y de nuevos fenómenos en el análisis histórico y en los análisis socioantropológicos. Con estos planteamientos —explicados de manera muy breve y sintética—, historiadoras y antropólogas feministas hicieron de punta de lanza en el proceso de apertura de nuevos espacios académicos, pero también de nuevos paradigmas conceptuales que fundamentaron la revisión y reconceptualización de nuevas formas de producción del conocimiento.

No obstante, la difusión de esta perspectiva ha sido lenta y más lenta aún ha sido su aplicación sobre algunos objetos de investigación que se

resisten a su deconstrucción. Con esto queremos decir que hay ciertos fenómenos sociales que parecen considerarse, de entrada, más allá de todo principio de relatividad semántica. Es decir, se consideran como expresiones de la mismísima “naturaleza” humana y como evidencias del carácter transhistórico de su esencia. Uno de estos objetos es la maternidad.

La maternidad en la historia

A pesar de la insistencia hegemónica del saber común que presenta a la maternidad como un fenómeno con un único significado y como la expresión de la esencia femenina, esta perspectiva ha comenzado a problematizarse desde distintos ángulos. Diversas historiadoras francesas (Badinter, 1980; Knibiehler, 1980, 1999, 2000, 2001, 2004; Thébaud, 2005; Boudiou, Brulé y Pierini, 2005; entre otros) han desarrollado un serio trabajo para mostrar el carácter histórico y polisémico de la maternidad, tejiendo los hilos diversos que componen esta práctica social.

A partir de los años sesenta, la maternidad comienza a abordarse por la historia demográfica que analizaba fenómenos ligados a la fecundidad y encontrando los primeros vestigios de los métodos anticonceptivos (Sauvy, Bergues y Riquet, 1960). Poco después, otros ángulos comenzaron a trabajarse desde una historia de corte más antropológico (Loux, 1978; Laget, 1982; Gélis, 1984) y cercano al estudio de las mentalidades, a través de los trabajos de la historia de la infancia, de la familia o de la vida privada (Ariès, 1973; Ariès y Duby, 1985-1987; Burguière *et al.*, 1986). La historia de las mujeres situó de una manera distinta a la maternidad, poniendo en el centro la experiencia de las madres, ligada al estatus social de la maternidad e inscrita en el cuerpo de las mujeres. Con nuevos méto-

dos, como la historia oral o las historias de vida, se inicia la reconstrucción de la experiencia de las mujeres-madres, trabajando una concepción de la memoria como una estructura conformada tanto por el contexto social como por las trayectorias individuales y por la oposición entre el pasado y el presente (Thébaud, 2005).

Lo importante de todos estos trabajos es que presentan a la maternidad como una práctica en movimiento cuya fenomenología y cuyo sentido se modifican conforme el contexto se va transformando. Las madres tienen una historia y, por lo tanto, la maternidad ya no puede verse como un hecho natural, atemporal y universal, sino como una parte de la cultura en evolución continua.

De una manera sintética, señala Knibiehler (2000, 2001) algunos momentos básicos en la historia de la maternidad en Occidente: 1) En la antigüedad, la palabra “maternidad” no existía ni en griego ni en latín; aunque la función materna estaba muy presente en las mitologías, no era un objeto de atención serio ni para los médicos ni para los filósofos. En las sociedades rurales y artesanales de la antigüedad y la baja edad media, la prioridad se ubicaba en la renovación de los grupos sociales, de manera que para compensar la elevada mortalidad, se parían muchos hijos. El papel nutricio de la madre era primordial y orientaba todas sus actividades. 2) En el siglo XII la aparición del término *maternitas* fue acompañada de la invención del de *patemitas* por parte de los clérigos que lo utilizaron para caracterizar la función de la Iglesia, en el momento mismo en el cual el culto mariano tiene una enorme expansión, como si tuvieran necesidad de reconocer una dimensión espiritual de la maternidad sin dejar de despreciar la maternidad carnal de Eva. El papel educativo de la madre comenzó

a tomar forma, estrechamente determinada por la Iglesia. 3) En la ilustración, la maternidad espiritual y la carnal parecen aproximarse, comenzando a formularse un modelo terrenal de la “buena madre”, siempre sumisa al padre, pero valorizada por la crianza de los hijos. La salud del cuerpo comenzó a ser tan importante como la salud espiritual, y comienza a construirse la idea del amor maternal como un elemento indispensable para el recién nacido y se va perfilando como un valor de la civilización al mismo tiempo que como código de buena conducta. La relación afectiva suple ahora la función nutricia y tiñe toda la función educativa; vemos así que en esta época la función materna absorbe la individualidad de la mujer, al mismo tiempo que se perfila la separación de los roles de la madre y del padre en relación con las tareas de educación y manutención de la prole. Los planteamientos rousseauianos transfiguraron a la madre hablando de la importancia de su amor: la función reproductora, completamente animal, se borraba frente a la afectividad, recurso esencial de la educación maternal, convirtiéndose en el motor fundamental de una nueva cultura. La glorificación del amor materno se desarrolló durante todo el siglo xix, llegando hasta los años sesenta del siglo xx. 4) En el transcurso de este último siglo, la autoridad del Estado se impone por encima de la autoridad del padre e interviene de manera que empieza a restringir la función maternal, politizándola. Los movimientos demográficos hacen nacer las políticas natalistas que definen a la maternidad como deber patriótico y lanzan medidas para impulsar a las mujeres a parir, al mismo tiempo que algunas medidas represivas condenan la anticoncepción y el aborto. El éxito de estas políticas se confirma con el *baby boom*. Las mujeres, antes despreciadas como hijas de Eva, comenzaron a encontrar en la idealiza-

ción de la maternidad una rehabilitación de su diferencia y el reconocimiento de un papel propio. La modernidad, por medio de la medicalización triunfante y el impacto creciente del poder político, hace entrar a la maternidad en una etapa de turbulencia y confusión de la cual la salida no ha sido sencilla, y que en los años sesenta tiene un giro cuando los primeros planteamientos feministas disocian a la mujer de la madre, permitiendo a cada una afirmarse como sujetos autónomos. 5) La última etapa de la maternidad es la que vivimos en el umbral del siglo XXI, en el que esta práctica presenta una tensión muy aguda entre el polo privado y el polo público en el debate general sobre la maternidad, y en el cual el movimiento y la teoría feministas han participado activamente. Las feministas de la segunda ola estaban a favor de preservar su privatización, hablando del “sujeto mujer” y clamando por el control de su fecundidad. Denunciaban también la “maternidad-deber” y hablaban de la maternidad como una opción personal. El otro polo del debate que ve a la maternidad como un asunto público señalaba que son las condiciones socioeconómicas generales las que la han empujado a un proceso de desprivatización, resaltando dos factores fundamentales: las distintas ciencias médicas, psicológicas y educativas produjeron en las madres la sensación de incompetencia, y las exigencias del mundo laboral volvieron necesario ocuparse del cuidado de los hijos de una manera institucional.

Badinter (1980) afirma que el amor maternal no es innato, sino que se va adquiriendo en el transcurso de los días pasados junto a la criatura y a partir de los cuidados que se le brindan. Estudiando las prácticas maternales en Francia en los siglos XVII al XX, Badinter contradice la creencia de que la maternidad y el amor que la acompaña están inscritas desde siem-

pre en la naturaleza femenina, así como que las mujeres estén hechas para ser madres e, incluso, “buenas” madres. La autora se apoya en la afirmación de que el ser humano, en este caso, las mujeres, son seres históricos, y los únicos seres que tienen la capacidad de simbolizar, lo cual los distingue de la esfera propiamente animal. Concluye que aunque el amor maternal pueda existir desde el origen de los tiempos, no es posible afirmar que exista en todas las madres necesariamente ni incluso que la especie sobreviva gracias a este amor. Más aún: no es el amor lo que determina que una mujer “cumpla” con sus “deberes maternales”, sino la moral, los valores sociales o religiosos, confundidos con el deseo nada transparente de la madre.

Sin dejar de anotar que la contingencia del amor maternal despierta una gran angustia, esta autora orienta la reflexión hacia un aspecto fundamental para la comprensión de la maternidad: su dimensión simbólica.

La maternidad y la cultura

Plantear que la maternidad es una práctica cultural significa también relativizar los lugares comunes sobre ésta, ya que implica asumir, de entrada, que el significado que esta práctica tiene está en estrecha relación con el contexto cultural, social y económico en el que se realiza. Enfocar de esta manera al fenómeno de la maternidad vuelve a plantear la vieja y falsa oposición naturaleza-cultura, ya que las respuestas automáticas traen otra vez las mencionadas nociones sobre la “naturaleza” de las mujeres, el “instinto materno” y la “esencia femenina”. Los aspectos culturales solamente suelen asociarse, al analizar la maternidad, con la fenomenología que presenta, pero no con su misma existencia. En términos tradicionales, nadie se atrevería a soste-

² Verlo de esta manera no implica negar la obvia presencia de factores biológicos en la concepción, el embarazo, el parto y la lactancia. Sin embargo, en nuestros días las posibilidades reales de evitar o suspender un embarazo son tan accesibles en términos generales, que no hacerlo supone un acto de voluntad aunque los motivos permanezcan inconscientes.

en lo colectivo.

Una vez más, han sido las antropólogas y las historiadoras quienes nos han permitido comprender a la maternidad como una práctica cultural. La observación y comparación de distintos grupos culturales condujeron, muy naturalmente, a la evidencia de que dicha práctica varía sustancialmente de uno a otro. Fuera del parto y la lactancia materna, el resto de actividades, conductas, capacidades, atribuciones y característi-

³ No obstante, el desarrollo tecnológico ha comenzado a desestabilizar también los aspectos relativos a la concepción, el embarazo y el parto, y más aún la lactancia, introduciendo fuertes debates en torno a la "naturaleza" de éstos.

cas, se modificaban conforme al marco de valores de género prevalecientes.³ A partir de algunos trabajos (Godelier, 1986), se pudo observar que el tema de la atención y cuidado brindados a los niños de los grupos sociales está en estrecha relación con la constelación más amplia que

introduce el principio simbólico del género en su seno, las ideas en torno a lo femenino y lo masculino, y las creencias respecto a lo que define a varones y mujeres.

Ya en los estudios de las estructuras de parentesco (Di Leonardo, 1991) y los incipientes cuestionamientos del "enigma fundamental" formulado como el aparente hecho de una universal subordinación de las mujeres, se originaron estudios en diferentes direcciones y con distintos marcos de referencia para explicar las variaciones en las formas que tomaba dicha

ner que la maternidad es, hoy por hoy, un hecho cultural y no biológico. Es decir, que se trata de una cuestión de género² (Palomar, 1996). Es el género, en tanto conjunto de ordenamientos simbólicos de lo que significa ser hombre o mujer en nuestra sociedad y en nuestro tiempo, lo que determina el fenómeno, tanto en lo subjetivo como

subordinación. Posteriormente, la explicitación de que las mujeres eran pensadas como *naturales* mientras los hombres eran pensados como *culturales* (Ortner, 1974; Rosaldo, 1974), sirvió también para estudiar algunos supuestos ligados a la maternidad, tales como la inferioridad de las mujeres y la naturalidad de su subordinación y su determinación por la biología. Se llegó así al cuestionamiento de la separación conceptual de los dominios público y privado, que trajo nuevas maneras de enfocar los fenómenos ligados al ámbito subjetivo y a otras maneras de comprender a la maternidad.

Algunas estudiadoras se abocaron a una revisión de la historia del capitalismo moderno y mostraron que los contornos de la maternidad comienzan a perfilarse cuando el trabajo se desplaza fuera del hogar (Erhenreich y English, 1978). Se planteó que fue el crecimiento de la industrialización lo que produjo que hombres, mujeres y niños dejaran de estar involucrados en las tareas que compartían parcialmente con el trabajo incorporado en el hogar. A partir de entonces, surge el ámbito “privado” y las mujeres fueron dejadas en este nuevo ámbito que era marcadamente diferente de la esfera pública. Los límites y el aislamiento de la arena doméstica pusieron en cuestión el lugar y la función de las mujeres, y la crianza de los niños comenzó a ser su responsabilidad primaria, al mismo tiempo que esta tarea se privatizaba y se devaluaba cada vez más. La posición de las mujeres fue, de ahí en adelante, menospreciada, ya sea a través de su devolución o bien por medio de una mezcla igualmente difícil de idealización y desprecio (Benjamín, 1978, 1980; Dally, 1982).

Las primeras feministas iniciaron una revalorización de la maternidad como respuesta a esta forma social hegemónica de idealización y despre-

cio que se hacía de ella. Planteaban una confrontación entre los valores maternales de colectividad y crianza frente los valores individualistas de la cultura capitalista (Bassin, Honey y Kaplan, 1994).

A principios del siglo XX inicia un fenómeno nuevo: la infancia comienza a atraer cada vez más atención como una fase específica y central en la

⁴ Señalemos de paso que, paralelamente a la construcción social de la maternidad, se va perfilando el fenómeno de la construcción social de la infancia, igualmente determinado por la historia y la cultura y que opera como contrapunto en el proceso de formulación del imaginario maternal.

vida, y el crecimiento de los niños y su futuro comienzan a formularse como metas sociales claves.⁴ Ese fenómeno tuvo sus raíces en una sociedad de estudio formada por mujeres madres en 1888, quienes se plantearon el objetivo de estudiar la niñez; diez años después había ya algunos estudios sobre la niñez y clubes de madres que fueron expandiendo la necesidad de profesionalizar la maternidad para atender la creciente complejidad que se perfilaba, desde su perspectiva, de las tareas maternas (Erhenreich y English, 1978). Este movimiento, seguido tanto por feministas como por no feministas, hizo que las madres se reunieran para desarrollar juntas todo un cuerpo de conocimientos sobre el desarrollo de los niños, en el cual se veían a sí mismas haciendo un trabajo de colaboración con los “expertos” en los nuevos campos de la medicina y la educación destinados a atender la infancia, e incluso buscaron compartir sus descubrimientos con los psicólogos para desarrollar sus campos de especialización. No obstante, los expertos masculinos terminaron eclipsando este movimiento de las madres y el naciente campo tuvo un giro radical: de la profesionalización de la maternidad, cambió a convertirse en un creciente escrutinio dirigido a las madres ocasionando que, alrededor de 1930, los expertos, en lugar de trabajar sobre la maternidad y el desarrollo de los niños, comenzaron a centrar su atención en el papel que jugaba la

madre en el desarrollo del niño. La madre perdió así sus derechos en el hogar al mismo tiempo que comenzó a exigírselle mayor responsabilidad en el bienestar emocional de los niños (Weiss, 1978).

Si bien en la segunda guerra mundial se produjo el fenómeno de la entrada masiva de las mujeres en el mundo laboral y el necesario desarrollo de centros de cuidado para niños, en la posguerra se dio un movimiento de regreso de las mujeres al hogar. En la sociedad americana, este regreso a casa estuvo asociado con el nacimiento de los suburbios y la consolidación de la familia nuclear. Los bebés representaban la esperanza de un mundo mejor en el contexto deprimido de la posguerra y, coherente con este factor, se comenzaron a producir una serie de discursos “científicos” que confluyeron en la construcción de “su majestad el bebé”, figura tiránica por excelencia: la pedagogía, la puericultura, la pediatría, la psicología infantil, el psicoanálisis aplicado a los niños, etc., todos ellos basados en la prioridad del niño sobre la madre y subrayando el papel fundamental de ésta en la salud general de su criatura. A partir de aquí la maternidad se ve teñida de un nuevo tono para las mujeres: no son solamente esos seres que dan la vida y el amor por sus hijos, sino que tienen la responsabilidad sobre su estabilidad, su desarrollo y su calidad humana. La presión social sobre las mujeres se vio incrementada considerablemente al convertir al hijo en el parámetro de su desempeño como “buena madre”, entendida a partir de evaluaciones hechas con criterios supuestamente científicos (Bassin, Honey y Kaplan, 1994).

La *segunda ola feminista* puede, desde este ángulo, ser entendida como una respuesta a este periodo de posguerra. Con los cuestionamientos radicales que lanzó a las formas tradicionales de convivencia llegó tam-

bien una ola de posturas que plantearon a la maternidad como la principal cárcel para las mujeres; en el calor del momento, estas posturas llegaron a plantear incluso que había que dejar de parir para lograr una verdadera libertad de las mujeres. Las críticas se dirigían a los modelos de mujeres propios de la década de los cincuenta en la cual se glorificaba el estereotipo del ama de casa norteamericana enmarcado por la estampa de la bonita familia de clase media y por el fenómeno del *baby boom* posterior a la segunda guerra mundial (Knibiehler, 2000).

A partir del trabajo de Simone de Beauvoir (1952), las feministas teóricas afirmaron que la maternidad era la fuente de la devaluación de la mujer y un lastre para su trascendencia (Ortner, 1974). La personalidad y la subjetividad necesitaban ir más allá, o al menos simultáneamente, que la atención al hogar y que el ejercicio de la maternidad. En el libro *The Feminine Mystique* de Betty Friedan (1963), la autora llamó al hogar “una prisión”. Juliet Mitchell (1971), por su parte, veía la crianza de los niños como “un instrumento de opresión”, y Shulamith Firestone (1971) fue aún más lejos clamando por una total ruptura del lazo entre la mujer y la maternidad. También Adrienne Rich (1976) se sumó a esta postura acuñando el término de “matrofobia” para hablar del deseo de eliminar de sí los lazos con la propia madre, para llegar a la individuación y a la libertad. Para esta autora, la madre representa “la víctima”, la “mujer no libre”, “la mártir” presentes en cada mujer, de la cual hay que librarse (Bassin, Honey y Kaplan, 1994).

Sin embargo, dentro del mismo movimiento feminista, había otras posiciones con visiones alternativas sobre la maternidad; entre éstas se encontraban las feministas afroamericanas, quienes subrayaban la necesi-

dad de reconocer la posición social de las mujeres madres, sus fortalezas y sus luchas por la familia y la comunidad. Estas posiciones produjeron un efecto interesante, ya que el resto del feminismo comenzó a hablar de imágenes de fuerza maternal y a encontrar modelos para la relación madre-hija que permitieran, a ambas generaciones, el cambio y el respeto mutuo.

En años recientes los cambios en la familia y la vida laboral, los avances en la tecnología médica y la multiplicidad de interpretaciones y prácticas impulsadas por el movimiento de mujeres han continuado contribuyendo a modelar el significado de la maternidad. Las respuestas feministas han sido múltiples y variadas. Algunas teóricas ven la maternidad como una vía para el desarrollo psicológico y el cambio social (Benedek, 1970; Klein, 1964; Kristeva, 1980, 1981a, 1981b; Oakley, 1979; Ruddick, 1980, 1989). Otras enfatizan los aspectos represivos de la maternidad y le atribuyen un papel central en la devaluación y sometimiento al silencio y la otredad (Firestone, 1971; Mitchell, 1971; Ortner, 1974). Otras todavía tratan de evitar la dicotomía fijando su atención más allá de la maternidad y más cerca del ser mujer, de la sororidad o la posición compartida con la hija (Arcana, 1979; Chernin, 1983; Chevigny, 1983; Friday, 1977; Gilligan, 1982; Morgan, 1970).

En las últimas dos décadas tuvo lugar un fuerte desarrollo del feminismo psicoanalítico americano que examina la importancia de la conexión madre-hija, la persistencia de los lazos infantiles y su impacto en lo maternal, y los efectos de la maternidad de las mujeres en las relaciones basadas en el género (Chodorow, 1978, 1981, 1989; Benjamin, 1978, 1980; Dinnerstein, 1976; Flax, 1978). Con los nexos teóricos con la es-

cuela de las relaciones de objeto, estas escritoras alteraron el guión tradicional del psicoanálisis al centrarse en el periodo preedípico en el cual la madre es la figura prominente para la vida del niño. Aunque estas teóricas comparten cuestiones e intereses comunes, sus teorías presentan diferentes representaciones de la madre.

A mediados de los años ochenta, cambió la ambivalencia de las feministas respecto a la maternidad por un nuevo placer por testimoniar y representar la experiencia maternal. Para muchas, comenzó a haber una gran satisfacción en hablar sobre *lo no dicho* y en situar a la maternidad dentro del paisaje feminista. La alteridad —que en los años setenta se asociaba a la opresión y la devaluación— se convirtió en arma definitiva para afirmar la experiencia femenina y en fuente de liberación de los valores patriarcales.

En Europa también se desarrollaron abundantes trabajos que tuvieron como marco las distintas escuelas del campo psicoanalítico (Kristeva, 1980; Cixous, 1981; Irigaray, 1981; Ferro, 1991) y que también participaron en producir nuevas explicaciones de la estructuración subjetiva y de la vida emocional de las mujeres. Es importante resaltar que a partir de la difusión masiva del discurso psicoanalítico, el amor materno pudo entonces percibirse como ambivalente, frecuentemente abusivo, asfixiante, castrante, capaz de infligir a los hijos conflictos irremontables. De esta manera, la glorificación de la maternidad comienza a perder peso.

Estos trabajos de raigambre psicoanalítico, de procedencias teóricas distintas, participaron también, junto con otras propuestas psicológicas, en la reflexión acerca de los vínculos afectivos, particularmente en la relación madre-hij@, y tuvieron una influencia importante en la producción

del concepto de “maternalismo” que se entendía como un rasgo que identifica a las mujeres en cualquiera de los campos de su acción social, lo cual para muchos representó un movimiento de reciclaje de los postulados esencialistas que aseguraban que las mujeres estaban dotadas inherentemente de una “ética del cuidado” que marcaba su destino como madres, ya que están esencialmente más vinculadas a los demás y tienen una capacidad mayor para razonar de modo empático (Conway, Bourque y Scott, 1987), derivada de su naturaleza. Esta óptica maternalista, además, parece reforzar la dicotomía público/privado al hablar de “maternidad moral” y de “ama de casa social”.

Es fácil observar que los resultados de este tipo de propuestas conceptuales han sido diversos y no siempre se libran de una universalización de las categorías y de la relación hombre/mujer, cuestión que comparten con los trabajos emanados del campo de la “sociobiología”, que retoma los viejos argumentos biologicistas derivados de la observación del comportamiento animal, particularmente lo relativo a la crianza, transponiendo sus observaciones y conclusiones al funcionamiento humano. Es posible ver aquí que algunos ejes de los modelos evolucionistas feministas están todavía presentes en los trabajos de algunas feministas actuales, tales como los que han prolongado las cuestiones del simbolismo moral maternal, uniendo la identidad innata de las mujeres con la crianza de los niños y la naturaleza.

La cuestión de la “diferencia” fue un planteamiento central para mover las viejas maneras de analizar la maternidad. La evidencia de los efectos de la diversidad en las identidades raciales, étnicas, de clase, sexuales, de edad, de región y de nación, mostró claramente que el sentido de esta práctica está

multideterminado y que debe ser estudiada localizadamente (Lamphere, Ragoné y Zavella, 1997). Se habla ahora, más que de la “maternidad”, de la “función materna”, y se cuestiona que esta importante tarea se deje solamente a las mujeres, señalando la importancia de mirarla como algo que compete a la sociedad en su conjunto (Palomar, 2004). De pronto aparece una gran tensión entre dos polos opuestos: la maternidad como asunto público o como asunto privado (Knibiehler, 2001).

Desde hace algunos años otra perspectiva de análisis ha comenzado a cobrar fuerza; en diversos trabajos académicos han venido planteándose serios cuestionamientos acerca de los efectos de la evolución de las costumbres y de la crisis del patriarcado sobre la función y el papel social de varones y mujeres en la práctica de la reproducción del grupo social y la atención de los nuevos sujetos sociales. Nuevas perspectivas (Neyrand, 2002; Martin, 2002; Cresson, 2004) apuntan hacia un desplazamiento de la atención del viejo foco de la maternidad, hacia lo que se formula actualmente con el término de *parentalidad*, que permite reinterpretar las transformaciones recientes de la función maternal y de las representaciones que conlleva, poniéndolas en relación con el nuevo cuadro que constituye la parentalidad contemporánea, compuesta por cuatro aspectos distintos: engendrar, concebir, parir y criar (Knibiehler y Neyrand, 2004), y revelando el hecho de que es necesario asumir que cada vez más los padres y las madres ocupan una posición equivalente y desarrollan similares prácticas educativas (Martin, 2003). Es decir, el término *parentalidad* engloba a ambos padres sin distinción de sexo o de género, a partir de la idea de que tanto el padre como la madre se encuentran involucrados en una nueva y común responsabilidad, sin que estén claros todavía los efectos de esta

realidad producida por las mutaciones de las prácticas cotidianas de crianza de los hijos en constelaciones afectivas diversas y en nuevos contextos culturales.

Por otra parte, hablar de *parentalidad* deja ver el hecho de que, al contrario de lo que sucede con la *paternidad*, los efectos sociales y psicológicos de la maternidad no han sido objeto, hasta muy recientemente, de una interrogación sistemática, lo cual ha impedido la discusión en torno a la importancia de la diferencia de los sexos y sus efectos sobre las posiciones parentales, así como en la construcción de las iniquidades hechas a partir de esta diferencia.

A estas alturas del desarrollo de la teoría feminista y de los estudios de género, queda claro, pues, que la maternidad es un fenómeno histórico y cultural, determinado definitivamente tanto por el momento como por el contexto de su producción, y en el cual se ponen en juego el plano subjetivo y la dimensión estructural, para construir el sentido de esta compleja práctica social que consiste, de manera sintética, en la reproducción del grupo social y la atención de los nuevos sujetos sociales. No obstante, en el contexto latinoamericano es todavía incipiente el desarrollo de estudios que analicen la construcción social de la maternidad a partir de la historia y las culturas de la región. Aunque los trabajos realizados en otras latitudes son muy útiles para enmarcar la conceptualización del análisis de este fenómeno y posibilitan la definición de categorías específicas para su estudio, es necesario tomar en cuenta el contexto propio en el que se construye esta práctica y en el que las mujeres concretas la viven. Factores como la extensa pobreza, la diversidad cultural, las políticas demográficas, los rituales populares, los usos y costumbres tra-

dicionales, las políticas públicas en todos los campos, así como los saberes y las leyes propios de nuestro medio, imprimen un sello particular al significado de la maternidad y a la experiencia subjetiva de ésta.

El género y la maternidad

Hemos dicho que la maternidad es una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia, conformando un fenómeno compuesto de discursos y de prácticas sociales condensados en un imaginario complejo y poderoso, que es a la vez fuente y efecto del género. La práctica de la maternidad parece sintetizar tanto las contradicciones como los ideales del género en nuestra sociedad, influyendo en la producción de una experiencia femenina, compuesta por automatismos, tradiciones, costumbres y prescripciones sobre lo que una mujer debe ser; como práctica real o como posibilidad, es algo que a toda mujer se le plantea en algún punto de su proceso vital, si bien que de diversas maneras. La maternidad se presenta de tal forma “naturalizada” como expresión del género, que se vive automáticamente, sin que medie un proceso reflexivo consciente que permita dar cuenta de los motivos que llevan a una mujer a tomar la decisión de tener hijos. Más allá de que es posible pensar que puede haber un núcleo incognoscible en el deseo materno, el “sentido mentado” de la experiencia se ve sistemáticamente ligado, por una parte, a emociones, afectos y deseos poco explicitados, y por la otra, a mandatos sociales vinculados a tradiciones, costumbres, normas y creencias, igualmente poco explícitos y que forman parte de las prácticas discursivas de género.

Consideramos el género como un orden social compuesto de prácticas discursivas, lo cual permite tomar distancia respecto a la idea de que el orden social de género tiene un estatus de *saber científico*. El discurso de género es desubjetivizante en la medida en que comienza con una afirmación que asigna al sujeto un lugar en la sociedad, sostiene que a dicho lugar le corresponde un determinado papel, produciendo el efecto de un orden dado, fijo e inmutable. Lo que marca el ingreso en el discurso de género es la identidad de género, la nominación del sujeto en tanto “hombre” o “mujer”, o, como señala Tubert (1991: 20 y ss.), lo propio del discurso de género es el desconocimiento de la normativización del sujeto por el orden simbólico. Esto lleva a buscar los orígenes de la diferencia de género en “evidencias” empíricas, y su ambición consiste en extenderlos a todo lo que se presenta como anormal o extraño, lo cual es la base de la producción de discursos discriminatorios, como la homofobia y el sexismo; pero también como aquellos que producen categorías de bueno/malo en relación con hombres y mujeres en sus papeles de género. Entre éstos está, en un lugar preponderante, el desempeño de las mujeres como madres. Tubert (1991) sostiene que el discurso de género es el que hace posible la identificación del sujeto con un papel social y no a la inversa. Es decir, el discurso de género preexiste al sujeto, a quien le es asignado un lugar de antemano.

La psicología, la psicopatología, la pediatría y otras disciplinas han colaborado en estas construcciones discursivas, por ejemplo, al atribuir a las madres las causas de los problemas de la salud mental y física de los hijos. Tal como lo señala Marta Lamas: “Los criterios normativos sobre la maternidad hacen recaer la responsabilidad del bienestar del hijo sobre la mujer y dan recetas para el comportamiento maternal” (Lamas, 2001: 14).

Pero no solamente estos “saberes” están presentes en la elaboración del género como construcción discursiva que rodea la producción de la maternidad como un fenómeno de género. Están otros saberes y otras prácticas y también las instituciones —que son su cristalización en la sociedad—, a través de las cuales se produce la “evidencia” de la legitimidad de los primeros.

¿Qué pasa actualmente con la maternidad?

En todos los países de Latinoamérica el índice de niños de la calle ha llegado a ser alarmante, al igual que el de los niños abandonados, maltratados y asesinados. De esto nos han informado abundantemente los medios de comunicación, así como los informes de la UNICEF y otras agencias internacionales. En México, un informe del gobierno del Distrito Federal (DF) y del Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) difundido en febrero del 2002, señaló que más de 14 mil niñas y niños viven y trabajan en las calles y espacios públicos de la ciudad de México. De acuerdo con el reporte, 75% de las y los menores desamparados son adolescentes de doce a 17 años de edad, poco más de 1 500 viven su primera infancia (de cero a cinco años) y el resto oscila entre los cinco y los doce años. El documento sostiene que la mayoría de los llamados “niños de la calle” han sufrido maltrato o abandono familiar o son huérfanos, y están expuestos a explotación laboral y sexual. El año pasado, UNICEF situó en 16 mil la cifra de niñas y niños

⁵ México, 18 de febrero de 2002 (Prensa Latina/Tertulia).

víctimas del comercio sexual en México y se calcula que al menos 2 500 son del DF.⁵

Durante 1999, según la policía, se reportaron a la fecha en Lima y Callao 121 casos de niños recién nacidos que fueron encontrados en luga-

res públicos. En el Perú dichos lugares van desde el encerado confesionario de una iglesia hasta el más inmundo de los basurales.⁶

De manera igualmente abundante, la prensa nos informa con frecuencia de los casos de niños maltratados por sus madres y que terminan en hospitales y centros de atención. Se cuenta con el dato de que son las amas de casa quienes se han convertido en las principales responsables de la violencia física, emocional y psicológica cometida contra la población infantil en México. Así lo demuestran las investigaciones realizadas a lo largo de 20 años en la Clínica de Atención Integral al Niño Maltratado del Instituto Nacional de Pediatría (CAINM-INP). Se estudiaron en total 173 expedientes, de los cuales 63 (40%) ubican a la madre como el agente principal de la agresión; 38 señalan al padre y en quince de los casos las lesiones fueron provocadas por ambos progenitores.

También está el abuso sexual, dividido en dos modalidades: el contacto físico y la explotación sexual. En el primer caso se incluye el tocamiento de cualquier área corporal, la penetración y el uso del menor para la estimulación. En el segundo caso se encuentra la prostitución o el uso de menores para la producción de pornografía; incluye también el *voyeurismo* y el exhibicionismo. Segundo los investigadores, son las niñas las que con mayor frecuencia sufren este tipo de agresión cuando tienen padrastros, no viven con los padres biológicos, conviven con alcohol y drogas, *tienen una madre con daño psicológico* o van a la guardería. Por otra parte, se ha señalado que el maltrato psicológico ocupa el tercer lugar (14%), y se manifiesta mediante el sometimiento y las amenazas. Le sigue el síndrome de Munchausen (4%), caracterizado por fabricación de enfermedades

⁶ Gastón Agurto. *Niños sin pesebre*. Cartas-1595/index.html. 23 de diciembre de 1999.

por parte de la madre con conocimientos en medicina; el síndrome del niño sacudido (4%) y finalmente el ritualismo satánico (1%) (Loredo Abdalá, 2004). Habría que contar también con las cifras relativas al tráfico de menores, ya sea para su venta o para adopciones ilegales, que parece ser un fenómeno que tiene su base mayoritaria en madres que se deshacen de sus hijos de distintas maneras y por distintos motivos, incurriendo a veces en delitos federales que están en proceso de tipificación en México.

Por otra parte, sabemos que las estadísticas sobre el número de abortos en todos los países de Latinoamérica son altas y preocupan a sus gobiernos. En México, aunque son poco confiables los datos por la naturaleza clandestina de esta práctica, se ha hecho cada vez más evidente que las mujeres están dispuestas a asumir cualquier riesgo derivado de las prácticas clandestinas por poder decidir sobre sus cuerpos y sus destinos, y cada vez es más obvio que un embarazo no deseado no representa un hecho que se acepte como algo inevitable o como algo que pueda convertirse, en algún plazo, en algo positivo si no fue buscado y deseado.

Hace tiempo que se sabe de las perniciosas consecuencias sociales y subjetivas de los hijos no deseados (Elías y Moreno, 1991). Por otra parte, cada vez hay más reportes del malestar emocional de las mujeres (Enríquez, 2002) que se ven forzadas a enfrentar grandes montos de tensión producida por los contextos de pobreza, carencias, sobre-exigencias e ideales de género.

Hay algunos estudios que han documentado tanto la violencia contra los niños, así como su abandono y asesinato (Chesnais, 1992; Azaola, 1996; Reyes, cit. por Diez, 2002; David, 2004; Fiascaro, 2005), mostrando que los vínculos familiares están implicados siempre en estos fenóme-

nos. En el siglo que corre la situación relacionada con el asesinato de niños por parte de sus madres sigue siendo un fenómeno más frecuente de lo que se sabe.

Si miramos entonces en conjunto todos estos datos sobre el sufrimiento individual de las mujeres, así como sobre el abandono, el maltrato, el aborto, el filicidio y el abuso infantiles, es insoslayable la pregunta sobre cuál es el significado de todo esto. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué muestran estas cifras? ¿Qué nos dicen?

Por supuesto que es imposible negar la existencia de la pobreza, de la crisis de los modelos de convivencia, de la existencia de la violencia intrafamiliar, de la falta de apoyo estatal, de las fallas de las políticas públicas y de los efectos de la globalización y del bombardeo mediático. Sin embargo, al revisar detenidamente la manera en que estos elementos se proponen como factores explicativos de los fenómenos sociales y subjetivos mencionados más arriba, salta a la vista otra evidencia: que estas respuestas tienen una misma base de fondo que radica en algunas suposiciones nunca explicitadas; la primera es que la responsabilidad sobre el destino de la infancia, como grupo de reposición de los cuerpos sociales, y sobre la salud o capacidad hacia el futuro de los seres que la componen, es una responsabilidad individual y, básicamente, de las mujeres.

El hecho de que se siga pensando que la función materna (el cuidado y la atención de l@s infantes) es responsabilidad solamente de las mujeres, impide que la problemática relacionada con la infancia tenga solución. ¿Qué pasa con estas sociedades que no solamente no saben proteger a sus niños y niñas, sino que son negligentes y crueles con ell@s? ¿Por qué no pueden evitarse estos fenómenos? ¿Qué pasa si los entendemos como

síntomas; es decir, como expresiones simbólicas de algo que, por no poder formularse, se presenta de esa manera? Si esto es cierto, ¿qué es eso que no se formula, que no se dice, que no se menciona? Es posible pensar que se trata de algo que, hasta ahora, se omite, se borra, se deja de lado y que parece relacionarse con aquello que compone y orienta el deseo de quienes engendran y paren a esas criaturas.

A manera de conclusión

El proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de una serie de mandatos relativos al ejercicio de la maternidad encarnados en los sujetos y en las instituciones y reproducidos en los discursos, las imágenes y las representaciones, produciendo, de esta manera, un complejo imaginario maternal basado en una idea esencialista respecto a la práctica de la maternidad. Como todos los esencialismos, dicho imaginario es transhistórico y transcultural, y se conecta con argumentos biologicistas y mitológicos. De aquí es de donde se desprende la producción de estereotipos, de juicios y de calificativos que se dirigen a aquellas mujeres que tienen hij@s —y que éstas mismas se autoaplican—.

¿Qué es lo que está debajo del barroco imaginario materno, tan amplio y profuso? Parecería que, por una parte, hay una punzante necesidad social de sostener lo que este imaginario presenta, lo cual también parece conectarse con la dificultad de comprender a la función materna como una práctica simbólica, lo cual no ocurre de la misma manera con la función paterna. La figura de la madre parece estar atrapada en la apretada telaraña del registro imaginario, ya que la confusión entre la actividad que realiza y la persona real que la ejecuta, que se promueve a partir de las

distintas representaciones y creencias respecto a la maternidad como una cuestión vinculada irremediable y directamente a las mujeres, suprime la distancia necesaria donde pueda instalarse ese elemento trascendente que permitiría la relación simbólica entre ella y su hijo, y que reorientaría la responsabilidad sobre la infancia al conjunto de la sociedad.

Pero, por otra parte, no hay que ignorar los procesos actuales de transformación de los vínculos humanos que se muestran cargados con nuevos contenidos, mayores fragilidades y crecientes ambigüedades. Se ha dicho ya que los hijos son, ante todo y fundamentalmente, un objeto de consumo emocional que, como todo objeto de consumo, sirven para satisfacer una necesidad (Bauman, 2005). Por lo tanto, para poder romper con las tradiciones y los automatismos del género, habría que profundizar también en el conocimiento y la explicitación de aquellas necesidades que se pretenden satisfacer en los hijos y que, irremediablemente decepcionadas, producen “las dolencias líquidas modernas” (Bauman, 2005) que caracterizan nuestros tiempos y que generan dolorosos efectos sociales.

Bibliografía

- AGURTO, Gastón. *Niños sin pesebre*. Caretas-1595/index.html. 23 de diciembre de 1999.
- AZAOLA, Elena. *El delito de ser mujer*. CIESAS, Plaza y Valdés, México, 1996.
- ARCANA, J. *Our Mother's Daughters*. Shameless Hussy Press, Berkeley, 1979.
- ARIÈS, P. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus, México, 1973.
- y G. DUBY (eds.). *Historia de la vida privada*. Taurus, México, 1985-1987.

- BADINTER, Elisabeth. *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel xviiie-xxe Siècle*. Flammarion, París, 1980.
- BAUMAN, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. FCE, México, 2005.
- BASSIN, D., M. HONEY y M. M. KAPLAN (eds.). *Representations of Motherhood*. Yale University Press, New Haven y Londres, 1994.
- BEAUVIOR, Simone de. *El segundo sexo*. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1981 (aparecido en Francia en 1952).
- BENEDEK, T. "La condición de progenitor durante el ciclo de vida", en ANTHONY, E. J. y T. BENEDEK (eds.). *Parentalidad. Amorrortu-ASAPPIA*, Buenos Aires, 1970.
- BENJAMIN, J. "Authority and the Family Revisited; or, a World Without Fathers", en *New German Critique*, 4(3), 1978, pp. 35-57.
- "The Bonds of Love: Rational Violence and Erotic Domination", en *Feminist Studies*, núm. 1, 1980, pp. 144-174.
- BOUDIOU, L., P. BRULÉ y L. PIERINI. "En Grèce antique, la douloureuse obligation de la maternité", en *Clio. Histoire, Femmes et Sociétés*, núm. 21, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 2005.
- BURGUIÈRE, A. et al. *Histoire de la famille*. Tomos 1 y 2, Armand Colin, París, 1986.
- CHERNIN, K. *In my Mother's House: A Daughter's Story*. Harper Colophon, Nueva York, 1983.
- CHESNAIS, J. C. "The History of Violence: Homicide and Suicide Through the Ages", en *International Social Science Journal*, núm. 44, 1992, pp. 217-245.

- CHEVIGNY, B. B. "Daughters Writing: Toward a Theory of Women's Biography", en *Feminist Studies*, 9(1), 1983, pp. 79-102.
- CHODOROW, N. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press, Berkeley, 1978.
- "On the Reproduction of Mothering: A Methodological Debate", en *Signs*, 6(3), 1981, pp. 500-14.
- *Feminism and Psychoanalytic Theory*. Yale University Press, New Haven, 1989.
- CIXOUS, H. "¿Castration or Decapitation?", en *Signs*, 7(1), 1981, pp. 41-55.
- CONWAY, J. K., S. C. BOURQUE y Y. SCOTT. "El concepto de género", en LAMAS, Marta (comp.). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. Porrúa-PUEG, México, 1996.
- CRESSON, G. "De l'idéal égalitaire aux pratiques inégalitaires, quelles réorganisations?", en KNIBIEHLER, Y. y G. NEYRAND (comps.). *Maternité et parentalité*. ENSP, Rennes, 2004.
- DALLY, A. *Inventing Motherhood*. Burnett, Londres, 1982.
- DAVID, Hélène. "Las madres que matan", en *Debate Feminista*, núm. 30, año 15, octubre, 2004.
- DI LEONARDO, Micaela (ed.). *Gender at the Crossroads of Knowledge. Feminist Anthropology in the Postmodern Era*. University of California Press, Berkeley, 1991.
- DINNERSTEIN, D. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Harper and Row, Nueva York, 1976.
- ERHENREICH, B. y D. ENGLISH. *For Her Own Good: 150 Years of the Experts' Advice to Women*. Anchor Press y Doubleday, Nueva York, 1978.

- ELÍAS, A. y H. MORENO. *Hijos no deseados*. Adaptación del libro *Born Unwanted* de Henry P. David. Edamex, México, 1991.
- ENRÍQUEZ, Rocío. "El crisol de la pobreza. Malestar emocional femenino y redes de apoyo social en mujeres pobres urbanas". Tesis doctoral no publicada. CIESAS-Occidente, Guadalajara, 2002.
- FERRO, N. *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. Siglo XXI, Madrid, 1991.
- FIASCARO, María Mercedes. "El filicidio: Un hecho de violencia contra la niñez", en *Psicología Jurídica.org*, jueves 15 de septiembre de 2005.
- FIRESTONE, Shulamith. *The Dialectics of Sex: The Care for Feminist Revolution*. Bantam, Nueva York, 1971.
- FLAX, J. "The Conflict Between Nurturance and Autonomy in Mother-Daughter Relationships and Within Feminism", en *Feminist Studies*, 4(2), 1978, pp. 171-91.
- FRIDAY, N. *My Mother/My Self*. Delacorte, Nueva York, 1977.
- FRIEDAN, Betty. *The Feminine Mystique*. Norton, Nueva York, 1963.
- GÉLIS, J. *L'Arbre et le fruit. La naissance dans l'Occident moderne*. Fayard, París, 1984.
- GILLIGAN, C. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Harvard University Press, Cambridge, 1982.
- GODELIER, Maurice. *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*. Akal, Madrid, 1986.
- GROSS, Elisabeth. "¿Qué es la teoría feminista?", en *Debate Feminista*, vol. 12, año 6, octubre, 1995.
- IRIGARAY, L. *Ce sexe qui n'en est pas un*. Minuit, París, 1977.
- *Le corps-à-corps avec la mère*. Éditions de la Pleine Lune, Ottawa, 1981.

- KLEIN, M. "Love, Guilt and Reparation", en KLEIN, M. y J. Riviere (eds.).
Love, Hate and Reparation. Norton, Nueva York, 1964.
- KNIBIEHLER, Yvonne y Catherine FOUCET. *Histoire des mères du moyen âge à nos jours*. Montalba, París, 1980.
- (ed.) "Repenser la maternité", en *Panoramiques*, núm. 40, 1999.
- *Histoire des mères et de la maternité en Occident*. PUF, París, 2000.
- "La construction sociale de la maternité", en *Maternité, affaire privée, affaire publique*. Bayard, París, 2001.
- y G. NEYRAND (comps.). *Maternité et parentalité*. ENSP, Rennes, 2004.
- KRISTEVA, J. *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*. Columbia University Press, Nueva York, 1980.
- "The Maternal Body". *m/f*, 5 y 6, 1981a, pp. 158-63.
- "Women's Time". *Signs*, 7(1), 1981b, pp. 13-36.
- LAGET, M. *Naissances. L'accouchement avant l'âge de la clinique*. Seuil, París, 1982.
- LAMAS, M. *Política y reproducción. Aborto: La frontera del derecho a decidir*. Plaza y Janés, México, 2001.
- LAMPHERE, L., H. RAGONÉ y P. ZAVELLA. *Situated Lives. Gender and Culture in Everyday Life*. Routledge, Nueva York, 1997.
- Loux, F. *Le jeune enfant et son corps dans la médecine traditionnelle*. Flammarion, París, 1978.
- LOREDO ABDALÁ, Arturo. *Maltrato en niños y adolescentes*. Editores de Textos Mexicanos, México, 2004.
- MARTIN, Claude. "Parentalité", en KNIBIEHLER, Y. y G. NEYRAND (comps.). *Maternité et parentalité*. ENSP, Rennes, 2004, pp. 39-54.
- MITCHELL, Juliet. *Women's Estate*. Random House, Nueva York, 1971.

- MORGAN, R. *Sisterhood is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*. Vintage, Nueva York, 1970.
- NEYRAND, G. "La reconfiguration contemporaine de la maternité", en KNIBIEHLER, Y. y G. NEYRAND (comps.). *Maternité et parentalité*. ENSP, Rennes, 2004.
- OAKLEY, A. *Becoming a Mother*. Schochen, Nueva York, 1979.
- ORTNER, S. "Is Female to Male as Nature is to Culture?", en ZIMBALIST, M., Z. ROSALDO y L. LAMPHERE (eds.). *Woman, Culture and Society*. Stanford University Press, Stanford, 1974.
- PALOMAR, Cristina. "Género y maternidad", en *Revista Universidad de Guadalajara*, núm. 3, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1996.
- "Malas madres: La construcción social de la maternidad", en *Debate Feminista*, núm. 30, año 15, octubre, 2004.
- PRENSA LATINA/TERTULIA, México, 18 de febrero de 2002.
- REYES, C., cit. por Diez, A. "La soledad del infanticidio". Boletín electrónico *Tertulia* (Guatemala), 30 de noviembre de 2002.
- RICH, Adrienne. *Of Woman Born*. Norton, Nueva York, 1976.
- RUDDICK, S. "Maternal Thinking". *Feminist Studies*, 6(3), 1980, pp. 343-67.
- *Maternal Thinking*. Beacon Press, Boston, 1989.
- SAUVY, A., H. BERGUES y M. RIQUET. *Historia del control de nacimientos*. Peñínsula, Barcelona, 1960.
- THÉBAUD, Françoise (coord.). "Maternités", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 21, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 2005.
- TUBERT, S. *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Siglo xxi, Madrid, 1991.

WEISS, N. P. "The Mother-Child Dyad Revisited: Perceptions of Mothers and Children in Twentieth Century Child-Rearing Manuals", en *Journal of Social Issues*, núm. 34(2), 1978, pp. 29-45.

ZIMBALIST, M., Z. ROSALDO, L. LAMPHERE (eds.). *Woman, Culture and Society*. Stanford University Press, Stanford, 1974.